



La Eucaristía en el Nuevo Testamento

por Scott Hahn, PhD

¿Qué fue primero, la vida o la respiración? ¿Cuál de los dos es primordial? ¿Cuál de los dos es la condición para que el otro exista?

El tema de este ensayo nos presenta una adivinanza parecida. Lo he titulado “La Eucaristía en el Nuevo Testamento”, pero igualmente podría haberlo titulado “El Nuevo Testamento en la Eucaristía”. Desde que Jesús fundó la Iglesia estas dos realidades han sido inseparables, complementarias y dependientes la una de la otra. Es casi imposible para un católico imaginarse una sin la otra.

Cuando celebramos la Eucaristía leemos invariablemente de los “últimos libros” de la Biblia. El sacerdote o diácono lee del Evangelio y es posible que el proclamador lea también de una de las cartas de algún apóstol. Las oraciones de la Misa están saturadas con citas y alusiones a pasajes del Nuevo Testamento:

“Este es el Cordero de Dios” (Jn 1:29).

“¡Bendito el que viene en nombre del Señor!” (Mt 23:39).

“Señor, no te molestes, porque yo no soy digno de que tú entres en mi casa” (Lk 7:6).

Santo, santo, santo es el Señor” (Apoc 4:8).

“Padre nuestro, que están en el cielo” (Mt 6:9).

“Gloria a Dios en las Alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad” (Lk 2:14).

Igualmente, cuando leemos el Nuevo Testamento quizá nuestra vista se sienta atraída por esos bellos pasajes que tratan más directamente con la parte más querida de la fe católica: la Misa. Y nos dirigimos al momento en el que Jesús instituyó la Eucaristía: cuando tomó el pan y lo declaró su cuerpo, y seguidamente tomó el cáliz y lo declaró ser “la alianza nueva en su sangre”. Nos dirigimos al capítulo sexto del Evangelio según San Juan, el famoso discurso del Pan de Vida: “Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo les voy a dar es mi carne, para que el mundo tenga vida . . . Yo les aseguro: Si no comen la carne del Hijo del hombre y no beben su sangre, no podrán tener vida en ustedes” (Jn 6:51, 53).

Como mencioné anteriormente, es casi imposible para un católico imaginarse una cosa sin la otra. Y sin embargo, la historia nos pide que hagamos eso, por lo menos durante un momento en el curso del paso del tiempo. Permítanme que se lo explique.

Centrémonos un momento en la frase “Nuevo Testamento”. Todos los cristianos están, por supuesto, de acuerdo en que este es un término fundamental en nuestra religión. Lo usamos para describir la segunda, y más breve, parte de la Biblia. Pero para los primeros cristianos —y para Jesús— este vocablo tenía un significado diferente y más extenso, un significado que es evidente incluso en los libros a los que llamamos Nuevo Testamento.

Para los primeros cristianos la palabra que nosotros traducimos como “testamento” era extremadamente importante. En griego es la palabra “*diatheke*” y en hebreo es “*b’rith*”. San Jerónimo, en el siglo IV, la tradujo en latín como “*testamentum*”. En inglés ha sido traducida inconsistentemente, una vez como “testamento” (*testament*) y otras como “alianza” (*covenant*).

Para los judíos de la época de Jesús la palabra no describía un libro, sino una relación —una relación familiar, normalmente ratificada (y renovada) mediante un juramento, un sacrificio y una comida—. El ritual creaba un vínculo familiar que no había existido con anterioridad, como por ejemplo, un matrimonio o una adopción. Dios usó este término para describir su relación especial con Israel.

Conocemos solo una ocasión cuando Jesús usó el término que nosotros traducimos como “Nuevo Testamento”, y lo usó no para describir un libro, ¡sino la Misa! San Pablo ofrece el primer testimonio histórico de ese acontecimiento, quizá veinte años después de la Última Cena: “Lo mismo hizo [Jesús] con el cáliz después de cenar, diciendo: ‘Este cáliz es la *nueva alianza* que se sella con mi sangre. Hagan esto en memoria mía siempre

que beban de él” (1 Cor 11:25; énfasis añadido).

Léalo con detenimiento. El Nuevo Testamento debería cambiar la forma en la que quizá hemos estado leyendo el término “Nuevo Testamento”.

Según el mismo Nuevo Testamento, *la Eucaristía* es el Nuevo Testamento. Mucho antes de que alguien se sentara a escribir un libro llamado Nuevo Testamento, Jesús ya había dado el cáliz como el Nuevo Testamento en su sangre (véase Lc 22:20). Años antes de que el Nuevo Testamento fuera un documento, ya era un sacramento, el rito cristiano más fundacional, instituido por Cristo y entregado a la Iglesia. La Misa es el banquete y el sacrificio que renueva *he kaine diatheke* —el Nuevo Testamento— y que es nuestro vínculo familiar con Dios. En la Sagrada Comunión con Jesucristo, el Hijo eterno de Dios, somos ahora hijos de Dios: “Todos los hijos de una familia tienen la misma sangre” (Heb 2:14).

Los católicos han hablado de la Misa en estos términos —términos de alianza— desde los primeros días de la Iglesia, la generación que recibió la fe de los apóstoles. San Ignacio de Antioquia, que murió alrededor de 107 A.D., ofrece la primera instancia en la historia de la frase “la Iglesia católica”. En sus cartas se refería normalmente a la Misa como “el sacrificio”. Sin embargo, incluso antes de San Ignacio, un documento llamado la *Didache*, atribuido a los apóstoles, habla de la Eucaristía como de “el sacrificio”. Eruditos recientes arguyen que las secciones rituales de la *Didache* son más antiguas que los primeros libros del Nuevo Testamento.

Sin embargo los no católicos a veces se preguntan cómo puede ser que la

Eucaristía sea un sacrificio si la muerte de Jesús fue un sacrificio único y para siempre. Si el sacrificio fue su muerte y su muerte fue “para siempre”, como leemos en las cartas de San Pablo (Rom 6:10) y de San Pedro (I Ped 3:18), entonces ¿Por qué celebra la Iglesia la Misa todos los días, varias veces al día? Es una pregunta razonable, y nos debería llevar a hacer otra pregunta: ¿Qué fue lo que hizo de la crucifixión de Jesús un sacrificio?

Para nosotros, tras dos mil años de formación cristiana, la idea parece evidente. Pero para un judío del siglo I probablemente habría parecido algo absurdo. Los sacrificios solo estaban permitidos en una ciudad, la ciudad santa, Jerusalén. Jesús fue crucificado fuera de las murallas de la ciudad. Los sacrificios solo podían ofrecerse en un único lugar de la ciudad santa, en el templo, sobre el altar, por un sacerdote ordenado de la tribu de Leví. El Calvario era algo muy distinto del Templo y no tenía ni altar ni sacerdote que ofreciera sacrificios. Incluso para el observador más cuidadoso la crucifixión habría parecido un acontecimiento profano, una ejecución romana sin nada de especial. Un alma comprensiva puede que hubiese entendido la muerte de Jesús como un martirio, como las muertes narradas en las historias de los libros de los Macabeos, pero no como un sacrificio.

¿Qué hizo que fuera un sacrificio? El ofertorio eucarístico que tuvo lugar durante la Última Cena. Jesús presentó el pan y lo llamó su Cuerpo. Presentó el cáliz y dijo que era la “sangre de la alianza”. Esto es lenguaje sacrificial. Esto es una ofrenda sacrificial. Jesús está haciéndose eco de la declaración de Moisés, cuando este roció a los

israelitas con la sangre sacrificial, ratificando así la alianza de Dios con ellos (Ex 24:8).

San Pablo es quien ata los cabos por nosotros. En su Primera Carta a los Corintios, tras presentar “la predicación de la cruz” (1:18), San Pablo llama a Cristo “nuestro cordero pascual” que “ha sido inmolado” (5:7). Así establece la relación entre la pascua celebrada, por un lado, y la Última Cena y la crucifixión en el Calvario, en el otro.

De hecho fue esa primera Eucaristía la que transformó la muerte de Jesús de una ejecución a una ofrenda. En la Última Cena Jesús entregó su Cuerpo para que fuese roto y su sangre para que fuera derramada, como si estuviese en un altar. La última Cena fue el necesario primer acto del drama de la Pasión. Fue como la obertura de una ópera, que establece todos los temas importantes a seguir.

San Pablo, al narrar la historia de la Última Cena (1 Cor 11:23-25), habló de este acontecimiento usando términos sacrificiales. Cita las referencias que hizo Jesús de las palabras y acción de Moisés. Recuerda que Jesús había llamado “conmemoración” a la Última Cena, palabra técnica que se refería a un tipo de sacrificio específico que tenía lugar en el Templo (la ofrenda memorial). Y en caso de que no nos hubiéramos dado cuenta de ninguna de estas conexiones, Pablo comparó la Cena cristiana (la Misa) con los sacrificios del Templo (1 Cor 10:18) e incluso con los sacrificios paganos (1 Cor 10:20). Todos los sacrificios, dijo San Pablo, crean una comunión, una fraternidad. Las ofrendas idólatras crean comunión con los demonios, pero el sacrificio cristiano crea una

comuni3n con el Cuerpo y Sangre de Jes3s (1 Cor 10.19-21).

Por ello la muerte de Jes3s en el Calvario no fue simplemente una ejecuci3n brutal y sangrienta. La muerte de Jes3s hab3a sido transformada por el ofrecimiento de s3 mismo en la habitaci3n del piso de arriba. Se hab3a convertido en la ofrenda de una v3ctima pascual sin mancha, el ofrecimiento de un sumo sacerdote que se dio a s3 mismo como v3ctima para la redenci3n de los dem3s. "Cristo, que nos am3 y se entreg3 por nosotros, como ofrenda y v3ctima de fragancia agradable a Dios" (Efe 5:2).

La Eucarist3a infunde ese amor en nosotros, uniendo nuestro amor al de Cristo, nuestro sacrificio al suyo. San Pablo predic3: "Por la misericordia que Dios les ha manifestado, los exhorto a que se ofrezcan ustedes mismos como una ofrenda viva, santa y agradable a Dios, porque en esto consiste el verdadero culto" (Rom 12:1). Note que habla de "ustedes" en plural, pero de "ofrenda" en singular. Porque somos muchos, pero nuestro sacrificio es uno con el de Jes3s, el cual es uno para todos. Esto es lo que Jes3s deseo cuando realiz3 su ofrenda y cuando encomend3 a sus ap3stoles que repitieran la acci3n de su sacrificio memorial: "Hagan esto en memoria m3a" (1 Cor 11:24-25).

El documento que llamamos Nuevo Testamento presenta el rito que llamamos Nuevo Testamento como algo central de la creencia y vida cristianas. La redenci3n, como la logr3 Cristo, no tiene mucho sentido si no est3 relacionada con esta ofrenda eucar3stica.

Vemos esto en lo frecuente que son los tratados expl3citos acerca de la Eucarist3a en el Nuevo Testamento. La instituci3n del sacramento se narra

cuatro veces: tres veces en los denominados Evangelios sin3pticos (Mt 26, Mc 14 y Lc 22) y una en las cartas de San Pablo (1 Cor 11:25). Deber3amos apuntar que esta es la *3nica* vez que verdaderamente los evangelistas y San Pablo traslapan una narrativa. Aunque San Pablo fue el int3rprete m3s prol3fico de Jes3s, muy raramente cita a su Maestro. Sin embargo, aqu3 San Pablo narra cuidadosamente una escena e informa de las palabras de Jes3s con bastante extensidad. Lo que es aun m3s, el ap3stol se esfuerza para poner de relieve que 3l no es el origen de la Tradici3n. 3l est3 simplemente transmitiendo lo que ya estaba bien establecido en la Iglesia. "Yo recib3 del Se3or lo mismo que les he transmitido: que el Se3or Jes3s, la noche en que iba a ser entregado, tom3 pan en sus mano" (1 Cor 11:23).

¿Hasta qu3 punto estaba esto establecido? Pues bien, los Hechos de los Ap3stoles expresan el culto de los primeros cristianos en una declaraci3n concisa: "Todos los hermanos acud3an asiduamente a escuchar las ense3anzas de los ap3stoles, viv3an en comuni3n fraterna y se congregaban para orar en com3n y celebrar la fracci3n del pan" (Hec 2:42). La Iglesia ha observado en todas las 3pocas posteriores esto cuatro elementos en una sola acci3n: el santo sacrificio de la Misa.

En el Nuevo Testamento hay muchas otras escenas eucar3sticas, quiz3 menos expl3citas pero no por ello menos v3vidas. El Evangelio seg3n San Juan trata el tema de manera teol3gica en el discurso del Pan de Vida (cap3tulo 6), pero tambi3n dram3ticamente, en el mismo cap3tulo, cuando narra la multiplicaci3n de los panes por parte de Jes3s. Los primeros Padres de la Iglesia

creyeron que la acción de Jesús de la transubstanciación en Caná — transformar el agua en vino— fue un adelanto simbólico de la Misa.

Considere la narración de San Lucas de la aparición de Jesús resucitado a los dos discípulos en el camino a Emaús. Jesús caminó con ellos, pero ellos no lo reconocieron. Entonces, “cuando estaban a la mesa, tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero él se les desapareció . . . ellos contaron . . . cómo lo habían reconocido al partir el pan” (Lc 24:30-35). San Lucas no habría podido ser más claro al relacionar este acontecimiento con la cena narrada dos capítulos antes. Las acciones de Jesús son casi idénticas. Repiten el tema presentado en la overtura y llevan a la Pasión a una resolución apropiada. La Eucaristía, instituida la noche en la que fue traicionado, fue lo primero en la agenda del Salvador cuando resucitó de entre los muertos. Fue la interés constante de la Iglesia a medida que se extendió de Jerusalén a todo el mundo.

Una vez que vemos lo central que era la Eucaristía en la vida de la Iglesia primitiva, entonces comenzamos a ver el Nuevo Testamento de una manera diferente. ¿Qué otra cosa podría querer decir la Epístola a los Hebreos cuando describe el culto celestial-terrenal de la Iglesia? “Ustedes, en cambio, se han acercado a Sión, el monte y la ciudad del Dios viviente, a la Jerusalén celestial, a la reunión festiva de miles y miles de ángeles, a la asamblea de los primogénitos, cuyos nombres están escritos en el cielo. Se han acercado a Dios, que es el juez de todos los hombres, y a los espíritus de los justos que alcanzaron la perfección. Se han

acercado a Jesús, el mediador de la nueva alianza, cuya sangre derramada es más elocuente que la de Abel” (Heb 12:22-24). ¿Qué otra cosa podría querer decir el libro del Apocalipsis cuando menciona “el banquete de bodas del Cordero” (Apoc 19:9)?

No hay porqué ser católico para ver que los documentos del Nuevo Testamento presumen y dependen del sacrificio del Nuevo Testamento y de la cena del Nuevo Testamento. En los últimos cincuenta años, y más, muchos eruditos bíblicos protestantes han observado lo que el abad Denis Farkasfalvy ha denominado “la procedencia eucarística del Nuevo Testamento”. El movimiento que comenzó con estudiosos como Oscar Cullmann, F. J. Leenhardt y Ernst Kasemann continúa hoy día en la obra de John Koenig, Geoffrey Wainwright y Athur Just.

Lo que reconocen estos eruditos es que los documentos que llamamos el Nuevo Testamento fueron escritos para ser proclamados en el contexto de una comida a la que llamamos Nuevo Testamento. Son para ser leídos en voz alta en la asamblea (Apoc 1:3). Por tanto, usan vocablos que, en la antigüedad, estaban normalmente asociados con el sacerdocio, el sacrificio y la liturgia. Contienen himnos, doxologías y también, introducidas repentinamente, formulas rituales. A veces no nos percatamos de esto, como por ejemplo el significado original de la frase misma “Nuevo Testamento”, porque los hemos cubierto a lo largo de siglos de interpretación y uso homilético. Pero un buen estudio de la Biblia nos puede sensibilizar a los significados que han quedado escondidos por la historia posterior.

San Pablo comienza su Primera Carta a los Tesalonicenses asegurándoles que “en todo momento damos gracias a Dios por ustedes y los tenemos presentes en nuestras oraciones” (1 Tes 1:2). El verbo que usa para decir “dar gracias” es “*eucharistoumen*”. De igual manera, la Primera Carta a Timoteo prescribe la ofrenda de *eucharistias*, a menudo traducido como “acción de gracias”. En el judaísmo y cristianismo del siglo I, estos vocablos se referían no sólo a categorías genéricas de oración, sino a tipos de sacrificio específicos. ¿Quiso San Pablo que estas palabras fueran

entendidas de esta manera? No podemos estar seguros de ello, pero deberíamos estar abiertos a la posibilidad de que así fuera.

El resto de los documentos del Nuevo Testamento pueden llevarnos a ver aún más del sacramento del Nuevo Testamento, o incluso mejor, a escuchar más de él, cuando las Escrituras son proclamadas, como siempre, en el transcurso de la Santa Misa.

Copyright © 2011, Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos, Washington , D.C. Todos los derechos reservados. Se permite la reproducción de esta obra sin adaptación alguna para uso no comercial.

Los textos de la Sagrada Escritura han sido tomados del Leccionario © 1976, 1985, 1987, 1992, 1993, 2004, Conferencia Episcopal Mexicana; y de la Nueva Biblia de Jerusalén © 1998 Editorial Desclée De Brouwer, S.A., Bilbao.